

# EL DIVERTIDO OSHER DEL KHAN THEATRE INCITA A REFLEXIONAR

---

Gloria Montero

En el primer fin de semana de la segunda edición del Festival Internacional de Teatre de Tortosa EntreCultures, el público se enfrentó con una de las producciones más logradas de esta edición, que además hizo reflexionar acerca de lo que realmente representa este festival, no sólo como un punto de encuentro incomparable, sino también como un espejo que refleja una realidad bastante actual de las tres culturas dominantes —árabe, judía y cristiana— del Mediterráneo.

El teatro Khan de Jerusalén se apoderó del auditorio Felip Pedrell con *Osher (Happiness)*, una descomunal investigación, compleja y hábil, sobre la felicidad. Representada en hebreo, con la oferta del festival de una traducción simultánea al catalán, *Osher* nos atormentó a seguir cada detalle del texto o dejarnos entender, por la sutileza de las voces de los actores, algo más allá de las palabras.

El público quedó cautivado y estuvo alerta por la impresionante vitalidad y preparación física de los diez actores, de diferentes edades, que cantaron, bailaron y hasta corrieron a causa de la coreografía vivaz de Renana Raz, por el hecho de representar sus múltiples personajes en medio de un escenario que cambiaba constantemente, abriéndose paso por registros innumerables entre patetismo, romance, bufonadas y hasta una ojeada a los bajos fondos y el asesinato.

Teatro dentro del teatro o quizá un sueño dentro de un sueño, la historia que cuenta *Osher* tiene tantos estratos como el concepto de la felicidad que abarca. Un maestro de ceremonias ayudado por dos comentaristas eruditas nos guiaba por las complejidades de la trama, prometiéndonos una experiencia alegre y feliz arropada por la música y la danza como en el mejor espectáculo televisivo.

Los cambios relámpago en el escenario de Svetlana Breger nos introdujeron en las actividades, casi simultáneas, de las varias plantas de un bloque de pisos. En el piso de arriba vivían Vivi y Osher; debajo de ellos estaba la casa del padre, ya mayor; de Osher; y en el sótano, una pandilla sospechosa de cuatro hombres se reunían para jugar a cartas. Cada uno de los inquilinos quería ser feliz y perseguía su meta como podía.

No hubo respiro alguno en la exploración, sofisticada y divertida, de los límites entre la realidad y la ficción. Sin tiempo para pensar, estábamos empujados por una serie de sorpresas que reflejaban, cada una a su manera, la condición humana. Generalmente, se supone que son las grandes cuestiones de la vida las que nos aportan felicidad, sin embargo *Osher* sugiere que son los detalles los que añaden textura vital y nos llenan de satisfacción. (Hay un momento especialmente conmovedor en la obra cuando el padre, enfermo y cerca de la muerte, muestra

un regocijo enorme al sentir gotas de agua encima de la cara.) No obstante, la sorpresa más grande nos llegó al final de la obra, cuando, después de habernos llevado a una especie de resolución enfrentándonos con que uno nunca aprecia lo que tiene hasta haberlo perdido, nos devuelve (exactamente como en un *loop* televisivo) adonde todo había empezado. Vemos a los personajes a punto de repetir exactamente lo que acababan de representar.

¿Es ésta la lección profunda de *Osher*: que el ser humano aprende bien poco y está condenado a seguir cometiendo los mismísimos errores? Sorprende tanta profundidad en un retozo tan divertido y sofisticado, y preguntamos al director por el desarrollo de la obra.

«*Osher* empezó con una idea, sin texto alguno, sólo con una idea de lo que significa la felicidad», explicó Michael (Miki) Gurevich. «Al principio, nos propusimos hacer una sátira que mostraría la influencia de la televisión en la vida cotidiana. Pero, cuando la idea empezó a desarrollarse, cogió vida propia y cambió. Se hizo distinta, algo muy personal, muy influenciada por mi propia vida. Unos meses antes había roto con mi novia, un acontecimiento que se hizo primordial en el desarrollo de la obra.

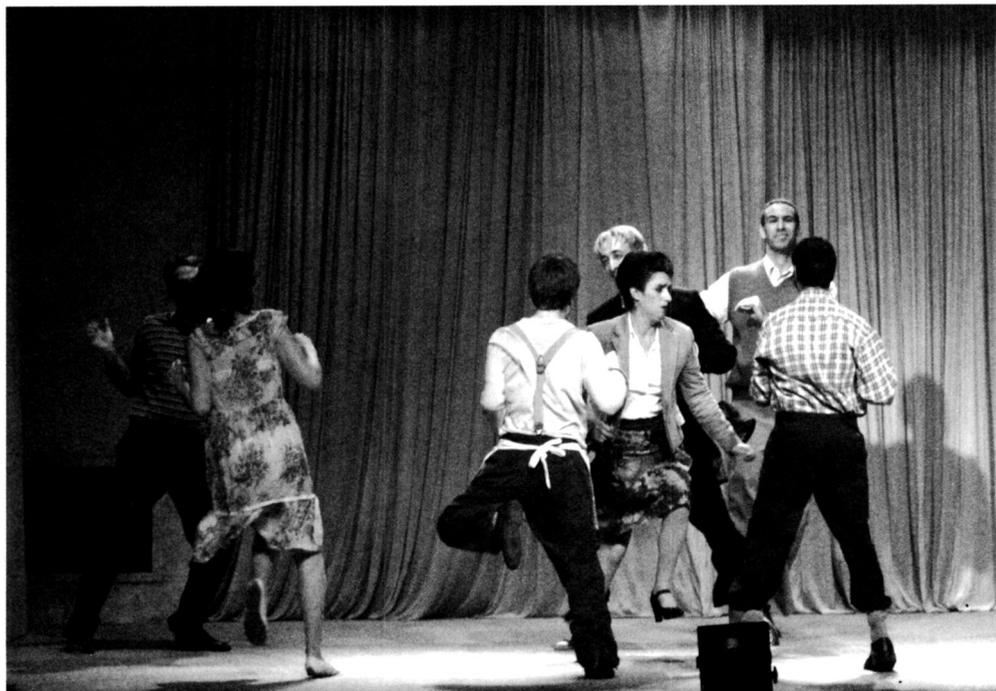
»Somos un grupo estable de unos catorce o quince actores que trabajamos juntos, improvisando mucho en una búsqueda constante. Hasta invitamos a dos filósofos a hablarnos del concepto de la felicidad a través de la historia. Empezamos a investigarlo en nuestras propias vidas. Los actores tuvieron que traer sus propias escenas a los ensayos y, poco a poco, pude vislumbrar un patrón global para la obra.»

Son precisamente estos detalles —el grupo estable de actores experimentados con la posibilidad de trabajo continuo y tiempo para desarrollar e investigar las ideas bajo el mando de un director que sabe sacar lo que necesita— lo que afianza la solidez de *Osher*.

El teatro ha sido parte de la vida de Miki Gurevich desde su nacimiento en 1951. Su madre, Hilda Kastan, fue una de las pioneras de la danza en Israel, y su padre, Anatol Gurevich, era pintor y escenógrafo. Un teatro de títeres y una linterna mágica, hechos por su padre, permitieron a Miki dar unos primerizos pasos en el mundo teatral. Después de terminar el servicio militar obligatorio, Miki entró en el estudio de Nissan Nativ para prepararse para ser actor. Al terminar sus estudios, empezó a dar clases allí y a dirigir sus primeras obras. En 1980, conoció a Nissim Aloni, que iba a tener tanta influencia en su trayectoria. Al año siguiente, Gurevich dirigió *Muerte accidental de un anarquista*, de Dario Fo, en el Teatro Habima en Tel Aviv. Después del éxito de esta producción, fue nombrado director artístico del Habimi. Fue una oportunidad importante para un director joven. Desde 1958, el Habimi, uno de los primeros teatros en trabajar y producir en hebreo, ha sido considerado como el teatro nacional de Israel. La compañía Habimi la fundó en Moscú en 1918 Nahum Zemach, bajo los auspicios del Teatro del Arte, dirigido en aquella época por Stanislavski. En 1926, el Habimi dejó la Unión Soviética y, durante algunos años, giró antes de establecerse en Tel Aviv en 1931.

Después de seis años, Gurevich dejó el Habimi para dirigir *Macbeth* en el Teatro Cameri. Desde entonces, ha trabajado en casi todos los teatros del país, y nunca ha dejado de crear sus propias obras. En 1999 dirigió su obra *Fleeting Shadow* ('Ombra fugaz') —una obra sin texto— en el Teatro Khan de Jerusalén, y a continuación fue nombrado director artístico del teatro, un cargo que todavía desempeña.

El Khan, ubicado en lo que era una fonda otomana del siglo XVIII, fue reformado durante los



*Osher ('Felicitat')*, de Michael Gurevitch. Teatre Auditori Felip Pedrell, 20 de novembre de 2005.  
(Lessy)

años sesenta en un teatro con aforo de doscientas cincuenta butacas. Gurevich considera el tamaño del teatro un factor positivo. «El teatro en Israel hoy en día es muy comercial. Los teatros grandes tienen que contar con mucho público para poder sobrevivir. Nosotros trabajamos con menos, y, además, siendo un teatro público contamos con subvenciones. Así podemos atrevernos a hacer cosas más innovadoras.

»*Osher* se produjo ya hace un año; antes, habíamos hecho *La vida es sueño*, de Calderón. Esta idea de teatro dentro del teatro que hay en *Osher* la habíamos probado en *El avaro*. En general, hacemos obras clásicas o cosas modernas escritas para nosotros. Preferimos no operar como una máquina que funciona nada más que para atraer al público, sino trabajar para expresarnos dentro del arte.»

Una importante faceta de *Osher* se hizo evidente sólo al final del festival. Mientras la mayor parte de las veintinueve distintas producciones presentadas en esta edición de EntreCultures trataba, de alguna manera, la realidad —geográfica, histórica o simplemente cultural— de los países del Mediterráneo, *Osher*, a pesar de haberse presentado en hebreo, pudiera haber sido producido en casi cualquier capital del mundo occidental. Cuando preguntamos a Gurevich si su trabajo reflejaba la realidad de Israel de hoy en día, dijo que la vida cotidiana en Israel está inevitablemente politizada.

«Hicimos una adaptación de Aristófanes», nos explicó. «Trataba de un hombre que hizo su propia paz personal con su vecino —una paz entre un israelí y un palestino—. Aunque me encanta la cultura europea —Chaplin tuvo una influencia enorme en mí, y Buñuel también— uno lleva la sangre de su propio territorio. Sin embargo, culturalmente Israel se encuentra muy aislado de sus vecinos y muchos intelectuales de los países de alrededor están en contra de nosotros. En todo caso, es difícil averiguar de dónde te llegan las influencias. Personalmente, yo estaba muy influenciado por Nissim Aloni, un gran amigo que estaba considerado un revolucionario en Israel. Su influencia en el teatro moderno fue enorme, aunque nunca tuvo mucho éxito.»

Miki Gurevich está pensando ahora en hacer lo que él llama «una obra sin trama». «El público está en sus butacas y no pasa nada». Cuando le recordamos la ira del público hace algunos años en el estreno de la obra *4'33*, de John Cage, cuando los músicos se sentaban en silencio delante de sus instrumentos durante los 4,33 minutos de la obra dejando los diversos sonidos del ambiente para constituir la música, Gurevich se encogió de hombros. «No me preocupa el público, pienso sólo en los actores. Para mí, el teatro es nada más que una actitud hacia la vida misma. Un actor se encuentra metido en una situación y tiene que reaccionar. Es lo que cada uno de nosotros tiene que hacer en nuestra vida. Y es eso lo que me estimula, en la vida y en el teatro también.»

Con *Osher*, Gurevich ganó el premio del mejor director en su país. EntreCultures le dio la primera oportunidad de mostrar la obra fuera de Israel. Cuando le preguntamos cuál era, en su opinión, el valor del festival, fue tajante: «Siempre quieres que los demás te vean, que te quieran y te acepten. Creo que este festival es un acierto y espero que continúe. Necesitas conocer a otra gente y ver su trabajo. Mi propio punto de vista político cambió radicalmente después de ver una sátira teatral, poco después de la guerra de los Seis Años. Israel en aquella época era un país muy chovinista. Yo no tenía más que dieciséis o diecisiete años y creía todo lo que leía en la prensa. Estaba convencido de que nosotros, los israelíes, teníamos toda la razón, que éramos puros y fuertes. Hasta que vi una obra de Hanoch Levin —una sátira titulada *Me, You and the Next War* ("Yo, tú y la próxima guerra"). Me impactó como un golpe al plexo solar. De repente, tuve que enfrentarme con lo que la guerra representaba, con el precio que exigía. El público estaba escandalizado y no aceptó la obra en absoluto. A veces, el espectáculo tuvo que pararse en la mitad. No obstante, muchos de nosotros nunca fuimos iguales después de haberla visto. Yo, uno de ellos. Pero es un fenómeno que no pasa a menudo. Sólo podemos aspirar a hacer nuestro trabajo. Si logramos tocar al público una o dos veces durante la vida, ya es mucho. No podemos esperar más. Levin era un dramaturgo fructífero. Más tarde, dirigí dos de sus obras y nos hicimos amigos. Para mí sus obras eran poderosas y su influencia fue enorme en el teatro israelí». (Hanoch Levin —dramaturgo, director, poeta, autor y visionario teatral —murió en 1999. La noche después de la presentación de *Osher*, el público del festival tuvo la oportunidad de disfrutar de un ciclo de canciones teatrales basado en textos de Levin y interpretado por los cantantes Esti Svidensky y Amnon Beham, dirigidos por Masha Nemirovsky. Esti Svidensky ya había encantado al público del festival con un recital de canciones tradicionales en yídish, el idioma de la diáspora judía que ahora, según lo que explicó la cantante, es un idioma cada vez menos conocido en Israel, donde se ha promocionado el hebreo como el idioma oficial del país.)

En todo el equipo del Teatro Khan sólo hay un palestino, un técnico. Miki Gurevich reaccionó

con cautela cuando le preguntamos si se podía imaginar una seria colaboración teatral entre israelíes y palestinos. «Hay una diferencia de mentalidad, pero ¿quién sabe? Una idea clave en Israel, aún antes del holocausto y sin duda después, es mantenernos fuertes y seguros.»

Según el director, el hecho de que el Khan tenga su sede en Jerusalén —una ciudad más conservadora y aislada que Tel Aviv— les posibilita explorar nuevas ideas. «Tel Aviv, una ciudad más ruidosa y bulliciosa está muy influenciada por la cultura estadounidense. En Tel Aviv, los teatros son grandes y muy comerciales, mientras que en Jerusalén contamos con un público abierto a nuevas ideas intelectuales.»

Gurevich se encogió de hombros cuando le preguntamos dónde vivía. «En Tel Aviv», admitió con una mueca.